GAUDETE ET EXSULTATE: La misión en la vocación a la santidad

1. Vocación a la santidad, de esencia misionera

Un católico, por definición, es misionero porque **siente la necesidad de dar a conocer el inconmesurable regalo que Dios le ha dado, que es la vida nueva en Jesucristo.** Por tanto, siendo este aspecto de la evangelización fundamental en la comprensión de la identidad de todo cristiano, es necesario entender que santidad y misión son dos caras de la misma moneda, pues **todo santo anuncia con su vida y en su vida, el Evangelio.**

> *"[…] la Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante." (GE 138)*

No obstante lo anterior, puede ser que nos parezca difícil integrar esta forma de comprender nuestro ser cristiano. Por esto, el Papa Francisco propone en su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2019: **"Una Iglesia en salida hasta los últimos confines exige una conversión misionera constante y permanente. Cuántos santos, cuántas mujeres y hombres de fe nos dan testimonio, nos muestran que es posible y realizable esta apertura ilimitada, esta salida misericordiosa, como impulso urgente del amor y como fruto de su intrínseca lógica de don, de sacrificio y de gratuidad (cf. 2 Co 5,14-21). Porque ha de ser hombre de Dios quien a Dios tiene que predicar (cf. Carta apost.** Maximum illud**)."**

Para ahondar en el sentido de la misión, explicaremos un vocablo utilizado numerosas veces en la Exhortación Apostólica Gaudete et exultate: **'parresía'**; éste sugiere el modo en que, como católicos, deberíamos **relacionarnos con el mensaje de Jesucristo y desde nuestra vocación a la santidad**. Se trata de "Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, [...] libertad de una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás (cf. Hch 4, 29; 9, 28; 28, 31; 2Co 3, 12; Ef 3, 12; Hb 3, 6; 10, 19)." (GE 129). Además, la "parresía es sello del Espíritu, testimonio de la autenticidad del anuncio. Es feliz seguridad que nos lleva a gloriarnos del Evangelio que anunciamos, es confianza inquebrantable en la fidelidad del Testigo fiel, que nos da la seguridad de que nada «podrá separarnos del amor de Dios» (Rm 8, 39)." (GE 132)

El modo de Jesús es la actitud compasiva frente a quien necesita: "su compasión entrañable no era algo que lo ensimismara, no era una compasión paralizante, tímida o avergonzada como muchas veces nos sucede a nosotros, sino todo lo contrario. Era una compasión que lo movía a salir de sí con fuerza para anunciar, para enviar en misión, para enviar a sanar y a liberar." (GE 131)

Este anuncio de la Buena Nueva es tarea gozosa de cada persona que pertencece a la comunidad de la Iglesia; lo que implica tener conciencia de que Dios posee un sueño sobre nosotros, es decir, nos creó únicos e irrepetibles; por esta razón, cada uno debe descubrir su modo de anunciar, al modo de Jesús. "Aferrados a Él nos animamos a poner todos nuestros carismas al servicio de los otros." (GE 130). Así, esa identidad propia que vamos descubriendo a lo largo y a lo ancho de nuestra vida, es el lugar predilecto a través del cual Dios se manifestará a los demás.

En un momento de silencio personal, reflexiono a partir de las siguientes preguntas:

- *¿Fortalezco los talentos que Dios me ha regalado? ¿De qué manera?*
- *¿Pongo al servicio de los demás eso único e irrepetible que Dios soñó sobre mí? ¿Cómo?*
- *¿Qué situaciones identifico, en la misión cotidiana y extraordinaria, la carencia de parresía? ¿Cómo puedo cultivar una actitud atenta para pedirle esta gracia al Señor?*

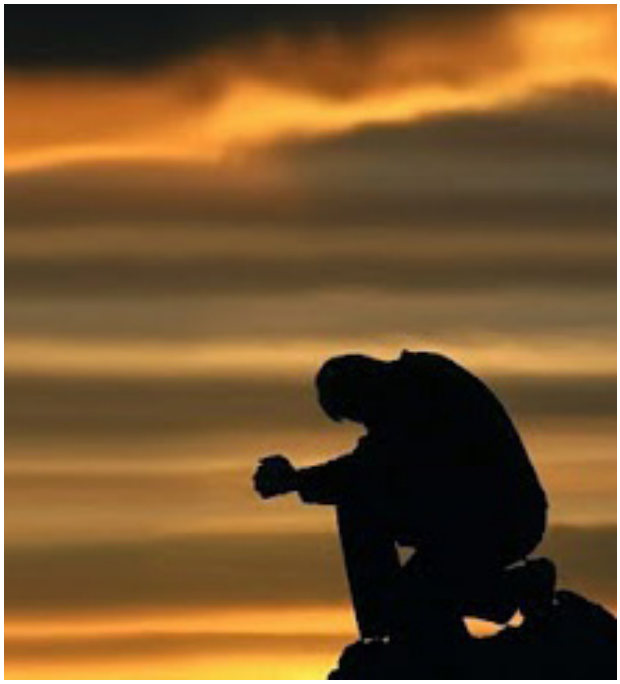
Para crecer en santidad

El llamado a la santidad es universal, pero a cada persona le han sido regalados un territorio y un camino sagrados, donde Dios se manifiesta personalmente. De ahí la importancia de saber **reconocer el paso del Señor en la vida para colaborar con su plan de redención;** a saber, la importancia del **discernimiento**. Por eso, "no se trata de desalentarse cuando uno contempla modelos de santidad que le parecen inalcanzables. Hay testimonios que son útiles para estimularnos y motivarnos, pero no para que tratemos de copiarlos" (GE 11). En cuanto a este último punto, se ha resaltado mucho de esta exhortación la referencia a la santidad de quienes viven cerca de nosotros y son reflejo del amor de Dios, "la clase media de la santidad" (GE 7) o *la santidad de la puerta de al lado*.

"Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad." (GE 15)

Así, se vuelve fundamental la **dimensión comunitaria de la santidad.** No podemos ser santos solos, necesitamos de la intercesión de los demás, y no sólo de quienes pisan la tierra, sino de todos los santos: "No existe identidad sin pertenencia a un pueblo. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado [...]" (GE 6). **La comunidad de santos es nuestro soporte y a la vez ejemplo de un aspecto particular de la**

figura de Jesucristo. Sin embargo, "no conviene entretenerse en los detalles, porque allí también puede haber errores y caídas [...]. Lo que hay que contemplar es el conjunto" (GE 22) de la vida del santo; de esta manera, también debemos ser capaces de mirar nuestra vida en su conjunto, con los ojos del Señor, como una misión (cf. GE 23).



Desde estas ideas, reflexiono:

- *¿Cuál es la vocación particular que el Señor me ha regalado?*
- *¿En qué momentos de mi vida me he sentido llamado por Dios desde mi vocación particular?*
- *¿De qué formas vivo mi fe en la comunidad?*

Obstaculizadores en el camino

El Santo Padre nos advierte de dos falsificaciones de la santidad o formas de seguridad doctrinal o disciplinaria que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo (GE 35). Estas corrientes de pensamiento, consideradas herejías, se arrastran desde los primeros siglos del cristianismo, lamentablemente hasta el día de hoy. Se enumeran a continuación algunas ideas con respecto a cada una, en relación a la santidad:

GNOSTICISMO

- Fe reducida a determinados razonamiento, conocimiento y experiencia que la vuelven subjetiva. (GE 36)
- Juzgar a los demás según la capacidad que tengan de comprender cierta doctrina sobrevalorando lo racional por sobre la fe y la vivencia cristiana. (GE 37)
- Creer que con las explicaciones se puede hacer perfectamente comprensible toda la fe y todo el evangelio. (GE 39)
- Una espiritualidad desencarnada que quiere domesticar el misterio de Dios y la vida de la humanidad. (GE 40)

PELAGIANISMO

Poder exacerbado, atribuido a la voluntad humana. (GE 48)

Creer que todos podemos hacer todo (GE 49) y confiar poco en la gracia. (GE 50)

Creer que la gracia es automática y depende sólo de nosotros sin tener la conciencia de que siempre es un regalo de la iniciativa de amor de Dios. (GE 53)

Actitudes como: obsesión por la ley, fascinación por las conquistas sociales y políticas, embeleso por las dinámicas de autoayuda y realización autoreferencial; todo esto en lugar de dejarse llevar por el Espíritu. (GE 57)

Toda nuestra Iglesia es presa de alguno de estos modos de llevar la vida de fe, pues hemos crecido absorbiendo estas concepciones, que también **se relacionan con la debilidad intrínseca del ser humano.**

Por eso, te invitamos a reflexionar en qué medida se han arraigado en ti estas comprensiones que nos desvían del verdadero camino de la fe y pidámosle constantemente al Señor que nos muestre nuestras cegeras y nos libere de ellas.

Enumera, a continuación, momentos de tu vida en que hayas caído en ellas y si es necesario, lee los números de la exhortación que hacen alusión a ellas:

Discernimiento: Escucha atenta al Señor, a la vida y a la cultura

El Papa Francisco deja clarísimo que "la vida actual ofrece enormes posibilidades de acción y de distracción, y el mundo las presenta como si fueran todas válidas y buenas." Habla del *zapping* constante y de las pantallas simultáneas, que exentas de la sabiduría del discernimiento nos pueden convertir en marionetas (GE 167). Notemos esta sutil pero importante distinción de que **no todo lo que viene del mundo es bueno, por lo que discernir se vuelve un imperativo,** especialmente "cuando aparece una novedad en la propia vida, y entonces hay que discernir si es el vino nuevo que viene de Dios o es una novedad engañosa del espíritu del mundo o del espíritu del diablo." (GE 168).

El discernimiento es una gracia (GE 170). El discernimiento orante requiere una disposición a escuchar al Señor, a los demás y a la realidad misma (GE 172). "Tal actitud de escucha implica, por cierto, obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación" (GE 173), con la flexibilidad que el Espíritu otorga, pues es el único que tiene en cuenta todos los matices de la realidad.

Uno de los últimos elementos que el Santo Padre añade a este tema es el siguiente: "Una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros" (GE 174) enfatizando que **la finalidad del discernimiento es reconocer cómo podemos cumplir mejor la misión que se nos ha confiado en el Bautismo.**

Observo mis propias actitudes, mi vida cristiana, y me pregunto:

- *¿Qué debo regular en mi vida para cultivar el hábito del discernimiento?*
- *¿Qué puedo hacer para propiciar una actitud de escucha frente al Espíritu, los demás y a la realidad?*

> ***"[…] Pido a todos los cristianos que no dejen de hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero «examen de conciencia». Al mismo tiempo, el discernimiento nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos sólo en las buenas intenciones." (GE 169)***

2. La santidad, expresión del amor cristiano

El camino de la santidad es "vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo" (GE 28), fundando esta entrega en la **experiencia vivificante de una espiritualidad que promueva el encuentro con el otro en comunión y paz.**

El sentido de nuestra propia vida se interrelaciona profundamente con el sentido de lo que somos en y con los demás; por ello, "en la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo" (GE 33), **desde una entrega que es expresión del amor de Dios y de fidelidad "a tu propio ser"** (GE 32), a tu propia identidad y a la fuerza que moviliza el querer ser cada día un buen y mejor cristiano. Pero, este camino se construye *al modo de Jesús*, **siendo fiel y coherente con su Palabra y la enseñanza que en ella ha transmitido.**

Jesús en el sermón de las bienaventuranzas ofrece una propuesta para caminar en santidad, pues quien "es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha"(GE 64). En nuestro mundo actual vivimos cotidianamente relaciones que promueven la enemistad, el odio, el desagrado hacia los demás en virtud de estereotipos culturales que rozan la discriminación y la indiferencia (cf. GE 71), donde cada cual se siente con el derecho de pasar por encima del otro sin importar nada; pero **Jesús propone una alternativa en las bienaventuranzas a esta manera de vivir: la mansedumbre.** "Él dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (*Mt* 11,29). Si vivimos tensos, engreídos ante los demás, terminamos cansados y agotados. Pero cuando miramos sus límites y defectos con ternura y mansedumbre, sin sentirnos más que ellos, podemos darles una mano y evitamos desgastar energías en lamentos inútiles" (GE 72). **Acercarse al hermano con el que tenemos conflicto y corregirle con paz y fraternidad, no destacando su error sino proponiendo caminos de renovación y mejora, es un ejemplo concreto de esta invitación a vivir la santidad desde la mansedumbre.**

Ahora, me pregunto:

- *En mis relaciones con los demás, en el encuentro de la comunidad o en la familia, en la vida personal, con mis amigos o compañeros de trabajo, en el barrio junto a los vecinos, ¿Soy capaz de vivir la mansedumbre que Jesús me prepone? ¿de qué manera trato a los demás?*
- *En situaciones conflictivas donde no estoy de acuerdo con el otro, ¿impongo mi criterio u opinión? ¿o busco alternativas para el diálogo y la escucha?*

OREMOS

Pidámosle al Espíritu Santo que nos inunde de mansedumbre y nos permita ser verdaderos constructores de paz en nuestras relaciones y ambientes. Amén

Dejarnos traspasar por el dolor del hermano

Muchas veces hablamos respecto de que el cristiano debe ser empático ante los dolores y angustias de los demás. **Jesús en las bienaventuranzas nos exhorta a ir más allá y dejarnos "traspasar por el dolor" (GE 76) del hermano, de la persona que vive en carne propia el dolor, la angustia, la soledad.** Dejarse traspasar por el dolor del hermano permite acceder al consuelo de Jesús, que entrega paz y confianza.

En esta misma perspectiva, el cristiano vive una "una regla de oro: «Todo lo que queráis que haga la gen-

te con vosotros, hacedlo vosotros con ella» (7,12)" (GE 80), que **nace de la vivencia de la misericordia, aquella que mueve a donarse, servir, perdonar, acoger y promover al otro como persona e hijo de Dios. Esta misericordia es la que nos permite amar como el Señor ama, no juzgando al otro cuando se equivoca, no condenándolo ante sus faltas, perdonando como quisiéramos nosotros mismos ser perdonados, dando como quisiéramos recibir (GE 81).** El Señor mira con cariño, compasión y misericordia a todos sus hijos y "si nos acercamos sinceramente al Señor y afinamos el oído, posiblemente escucharemos algunas veces este reproche: «¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?» (*Mt* 18,33)" (GE 82).

> ***"[…] de ese modo encuentra que la vida tiene sentido socorriendo al otro en su dolor, comprendiendo la angustia ajena, aliviando a los demás. Esa persona siente que el otro es carne de su carne, no teme acercarse hasta tocar su herida, se compadece hasta experimentar que las distancias se borran." (GE 76)***

Reflexiono:

- *¿Vivo desde la misericordia mis relaciones con los demás?*
- *¿En qué aspectos de mi persona debo crecer para vivir más plenamente la misericordia de Dios?*

> ***OREMOS***
>
> ***Pidámosle al Espíritu Santo que nos renueve el corazón duro y ponga en su lugar la misericordia y compasión de Dios.***
> ***Amén***

Constructores de paz

En nuestros ambientes se presentan situaciones que nos impiden vivir la verdadera paz; en muchas ocasiones nuestras comunidades eclesiales, nuestras familias o grupos de amigos son espacios en los cuales reinan los malentendidos y la poca comunicación: nos volvemos fuente de chismes, habladurías, comentarios inadecuados de los demás, criticamos para destruir y con ello, violentamos al otro y construimos ambientes insanos (cf. GE 87).

Jesús nos llama a ser "fuente de paz, [personas que] construyen paz y amistad social" (GE 88) viviendo día a día relaciones que propicien la justicia, la unidad, la paz y la comunicación en todos los ambientes en que nos desarrollamos; pero esto no es fácil en lo cotidiano, puesto que recurrentemente nos encontraremos con personas que nos generan conflicto por su manera de ser o por lo que les toca vivir : "los que son algo extraños, a las personas difíciles y complicadas, a los que reclaman atención, a los que son diferentes, a quienes están muy golpeados por la vida, a los que tienen otros intereses. Es duro y requiere una gran amplitud de mente y de corazón, […] tampoco pretende ignorar o disimular los conflictos, sino «aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso» (EG 227). **Se trata de ser artesanos de la paz, porque construir la paz es un arte que requiere serenidad, creatividad, sensibilidad y destreza"** (GE 89).

3. La santidad cristiana: Salir al encuentro de los demás en la misión

Así, **la santidad del cristiano tiene como criterio orientador la manifestación del amor a Dios y al prójimo, que en el difícil contexto actual socio-cultural pero también eclesial, es testimonio del encuentro con el Señor que fortalece y transforma (cf. GE 112) impulsándolo a ser signo de *fortaleza, paciencia, humildad y mansedumbre.*** Es la gracia de Dios que nos "preserva de dejarnos arrastrar por la violencia que invade la vida social, [...] [pues] el santo no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata, porque no se cree digno de ser duro con los demás, sino que los considera como superiores a uno mismo (cf. Flp 2, 3)" (GE 116).

De igual manera, **el cristiano está llamado a vivir santamente en alegría y con buen humor, el gozo del Espíritu Santo que llena a la persona de optimismo y gratitud**, "esa alegría que se vive en comunión, que se comparte y se reparte, [...] el amor fraterno multiplica nuestra capacidad de gozo, ya que nos vuelve capaces de gozar con el bien de los otros: «Alegraos con los que están alegres» (Rm 12, 15)" (GE 128), esa alegría que nace de lo profundo y que se nutre en el encuentro con el Señor.

La santidad cristiana me invita a salir al encuentro de los demás en la misión:

- *¿Qué actitudes personales debo desarrollar para ser fiel signo del amor de Dios?*
- *¿Mis gestos, mis palabras, mis acciones me ayudan a vivir santamente? ¿Qué debo cambiar en mí para acercarme al hermano con mansedumbre y misericordia?*

Ponemos al Señor en el centro de nuestra misión

Finalizamos esta reflexión orando al Señor para caminar en santidad y ser files reflejos de su amor en el mundo, en nuestros contextos inmediatos y en nuestra vida cotidiana, transformándonos en verdaderos constructores de paz, esperanza y amor.

Señor, ¡haz de mí un instrumento
de tu paz!
Que allí donde haya odio,
ponga yo amor;
donde haya ofensa,
ponga yo perdón;
donde haya discordia,
ponga yo unión;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga
yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga
yo alegría.
¡Oh, Maestro!, que no busque
yo tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido, como comprender;
ser amado, como amar.
Porque dando es como se recibe;
olvidando, como se encuentra;
perdonando, como se es perdonado;
muriendo, como se resucita a la
vida eterna.

Oración Franciscana por la Paz